

SUMARIO.

Aníbal pierde un ojo en los pantanos de Etruria.—Derrota y muerte del cónsul Flaminio en el lago Trasimeno.—Perfidia de Aníbal con los que se entregan á Maharbal.—Consulta de los libros sibilinos.—Prudente conducta del dictador Q. Fabio Máximo con los cartagineses.—Acusación de M. Minucio contra Fabio, y decisión del pueblo.—Peligro del ejército de Minucio, del que le libra el dictador.—Agradecimiento de Minucio.—Aníbal encerrado entre los montes Casilino y Calícula.—Su estratagema para salir.—Su respeto á las tierras de Fabio, para hacerle sospechoso.—Funesta batalla de Cannas.—Resolución de abandonar la Italia.—Escipión contiene á los jóvenes y les obliga á jurar que jamás pensarán en abandonar Italia.—Alarmas y luto de Roma.—Triunfos conseguidos en España.—Condenación de las vestales Opimia y Floronia.—Armamento de los esclavos.—Negativa al rescate de los prisioneros.—Gracias á Varrón por no haber desesperado de la república.

Ya se acercaba la primavera cuando Aníbal dejó sus cuarteles de invierno, después de haberle detenido insoportables fríos en su primera tentativa para cruzar el Apenino y experimentar graves temores y muchos peligros en su acantonamiento. Atraídos los galos por la esperanza del pillaje y del botín, viendo que en vez de saquear y devastar un territorio extranjero, eran sus campos el teatro de la guerra y que los hollaban los

cuarteles de invierno de dos ejércitos, tornaron todo su odio de los romanos á Aníbal. Amenazado frecuentemente por las asechanzas de sus jefes, debió su salvación á sus mutuas traiciones, que denunciaban una trama con tanta ligereza como la urdían: el cambio de traje y de casco le preservó también, engañádoles. Estas alarmas le impulsaron á avanzar la apertura de la campaña. En la misma época tomó posesión del consulado en Roma Cn. Servilio, en los idus de Marzo, y la exposición que hizo de la situación de la república reveló el disgusto de los ánimos contra Flaminio. «Habíanse nombrado dos cónsules y solamente tenían uno. ¿Qué autoridad legítima, qué auspicio ha recibido? Los magistrados solamente se instituían en la misma Roma, en medio de los penates públicos y privados, después de haber celebrado ferias latinas, ofrecido un sacrificio sobre el monte Albano y pronunciado los votos solemnes en el Capitolio. Los auspicios no pertenecen á un particular, y cuando se había partido sin tomarlos, no podían conseguirse verdaderos y perfectos en suelo extranjero.» Aumentaba más y más el temor con los prodigios que referían de muchos puntos á la vez. En Sicilia, los venablos de algunos soldados se habían inflamado en sus manos, y de la misma manera en Cerdeña el bastón de un caballero que hacía la ronda en las murallas (1); en la playa habían brillado muchos fuegos; dos escudos habían sudado sangre; algunos soldados habían sido heridos por el rayo y había parecido que el disco del sol se apequeñaba. En Prenesto

(1) Este era el oficio especial de los caballeros. En los últimos tiempos nombraban los tribunos á los que habían de encargarse de esta vigilancia. Llamábaseles *circitores* ó *circitores*. El bastón que aquí se menciona, tal vez sería una insignia, que á ejemplo de los centuriones, llevaban los caballeros para hacerse reconocer en sus rondas nocturnas.

habían caído del cielo piedras abrasadoras; en Arpis habíanse visto escudos en el aire, y al sol luchando con la luna; en Capena habían aparecido dos lunas en pleno día; en Cerea habían arrastrado sangre las aguas, y en la fuente de Hércules habían aparecido manchas sangrientas; en Anzio habían caído espigas ensangrentadas en la cesta de un segador; en Faleria se había abierto en el cielo ancho desgarrón, por el que brotó intensa luz; las suertes se habían contraído por sí mismas, y había caído una con estas palabras: «Marte blande su lanza.» En el mismo tiempo habíanse visto en Roma, la estatua de Marte en la vía Apia, y la de los lobos, cubierta de sudor. En Capua, en fin, habíase visto el fenómeno del cielo ardiendo y la luna cayendo con la lluvia. En seguida se creyó en prodigios mucho menos graves: el pelo de algunas cabras se había trocado en lana, gallinas en gallos y gallos en gallinas. Habiéndose expuesto estos hechos, según se habían anunciado, é introducidos en el Senado los testigos, el cónsul abrió discusión acerca de la cuestión religiosa. Decretóse que estos prodigios se expiarían en parte con víctimas mayores y en parte con menores, y que delante de todos los altares se celebrarían, durante tres días, solemnes rogativas; que para lo demás, los decenviros consultarían los libros sagrados, y que se haría también lo que ordenasen los dioses por medio de los cantos de la Sibila. Por consejo de los decenviros decidióse que se ofrecería á Júpiter un rayo de oro de cinco libras de peso, y dones de plata á Juno y á Minerva; que se inmolarian víctimas mayores á Juno Reina, sobre el Aventino, y á Juno Sospita, en Lanuvio; que las señoras romanas, contribuyendo cada una según sus fuerzas, llevarían una ofrenda á Juno Reina, sobre el Aventino, y que se celebraría un lectisterno; en fin, que las mismas libertas reunirían medios para ofrecer un don á la diosa

Feronia (1). Después de estas expiaciones, los decenviros inmolaron víctimas mayores en el foro de Ardea. En el mes de diciembre anterior se había hecho un sacrificio en Roma; en el templo de Saturno habíase ordenado un lectisterno y dispuesto el lecho para los senadores; habíase celebrado un festín público; en fin, toda la ciudad había repetido durante un día y una noche el grito de las saturnales, y habíase decretado que el pueblo conservaría y celebraría en lo venidero este día festivo.

Mientras se ocupaba en Roma el cónsul del cuidado de aplacar á los dioses y apresurar las levas, Aníbal había partido de sus cuarteles de invierno, ante la noticia de que había llegado ya á Arrecio el cónsul Flaminio; y como le indicaban un camino fácil, pero largo, emprendió otro más corto á través de un terreno pantanoso, que el Arno algunos días antes había inundado más que de ordinario (2). Hizo caminar delante á los españoles y africanos que constituían el nervio de sus antiguas tropas, mezclando con ellos los bagajes, con objeto de que si se veían obligados á detenerse, no careciesen de los objetos necesarios; detrás de ellos formaban el centro los galos y la caballería á retaguardia. En fin, mandó á Magón que cerrase la marcha con los números, armados á la ligera y que vigilase especial-

(1) Cerca de Circeo se alzaba el templo de la diosa Feronia ó Faronia, fundado, según se dice, por los espartanos, que huyeron de la severidad de las leyes de Licurgo, y que desde allí pasaron al territorio de los sabinos, donde fundaron otro igual. Los esclavos libertos visitaban este templo. Aníbal lo saqueó, pero se encontró el tesoro, formado por los dones de los libertos, que los soldados de Aníbal respetaron.

(2) Según Strabón, al partir Aníbal de la Galia Cisalpina para la Etruria, no eligió el fácil camino de la Umbria y Arimino porque sabía lo guardaba bien el enemigo, sino que siguió el más difícil que bordea el lago Trasimeno.

mente á los galos en el caso de que, cansados de las dificultades y longitud del camino, para cuyo trabajo esta nación carece de energía, se separasen ó detuviesen. Los primeros, precedidos solamente de los guías que les dirigían salvando los profundos torbellinos que forma el río, aunque hundidos en el lodo hasta la cintura, seguían sin embargo sus enseñanzas. Pero los galos no podían ni contenerse ni levantarse cuando se caían en alguna hondonada, no sabiendo mantener el cuerpo por medio del ánimo, ni el ánimo con la esperanza. Unos arrastraban penosamente sus fatigados miembros; otros, cediendo al desaliento, se dejaban caer y morían entre las bestias de carga tendidas aquí y allá. Pero lo que les abrumaba más eran las vigiliass que tuvieron que observar durante cuatro días y cuatro noches. Como las aguas cubrían el terreno y no quedaba un solo punto seco donde el soldado pudiese tender su fatigado cuerpo, se acostaban sobre los bagajes amontonados en el agua. Los cadáveres de los caballos amontonados en todo el camino, servían algunos momentos á aquellos infelices que solamente deseaban un pequeño espacio seco para descansar un poco. Aníbal, enfermo ya de los ojos por las variaciones de calor y frío que ocurren en primavera, aunque montado en el único elefante que le quedaba, con objeto de encontrarse siempre fuera del agua, se agravó por efecto de las vigiliass, la humedad de las noches y las nieblas del pantano; y como no estaba ni en paraje ni en ocasión de cuidarse, perdió un ojo (1).

Después de perder tantos hombres y caballos, Aníbal salió de aquel pantano y acampó en el primer paraje

(1) Aníbal no perdió completamente el uso del ojo, según dice Cornelio Népote, pero en adelante no se sirvió bien del ojo derecho. Además, este accidente le ocurrió en el paso del Apennino y no al atravesar los pantanos de la Liguria y de la Etruria, como dicen Tito Livio y Polivio.

seco que encontró. Allí supo por medio de los exploradores que había enviado delante, que el ejército romano estaba bajo las murallas de Arrecio. En el acto se dedicó atentamente á informarse de los propósitos y carácter del cónsul, de las condiciones del terreno, de los caminos, de los medios de conseguir provisiones, y de todo lo que le importaba conocer. La Italia no tenía comarca más fértil que las llanuras etruscas que se extienden entre Fésulas y Arrecio, muy ricas en trigo, en ganados y en productos de toda clase. El cónsul estaba muy orgulloso de su primer consulado y no respetaba para nada la majestad de las leyes y del Senado, ni siquiera la de los dioses. Esta temeridad que le era natural, encontrábase sostenida por la fortuna que le había favorecido con brillantes triunfos en la guerra y en la ciudad. En vista de esto, evidente era que, sin consultar á los dioses ni á los hombres, obraría en todo con orgullo y precipitación. Para aumentar su propia locura, el cartaginés se dispone á hostigarle é irritarle, y dejando al enemigo á la izquierda, se dirige hacia Fésulas, marcha á devastar el centro de la Etruria y lo lleva todo á sangre y fuego, para mostrar desde lejos al cónsul terrible desolación. Flaminio, que no hubiese permanecido en reposo aunque el enemigo no se hubiera movido, viendo saqueadas las tierras de los aliados casi ante sus mismos ojos, consideró como deshonor para él que los cartagineses paseasen por medio de Italia y que marchasen, sin encontrar resistencia, á sitiar á Roma. Y cuando en el consejo todos le amonestaron para que adoptase el partido más prudente que brillante, que consistía en «esperar á su colega para obrar de acuerdo con él, después de reunir sus fuerzas, y contener entretanto con la caballería y tropas ligeras los audaces saqueos del enemigo,» lanzose indignado fuera del consejo y dió á la vez la señal de marcha y de com-

bate. «Sí, continuemos tranquilos delante de las murallas de Arrecio, exclamó, aquí están la patria y nuestros dioses penates. Aníbal, escapando de nuestras manos, devastará la Italia y marchará hasta las puertas de Roma incendiándolo y saqueándolo todo. En cuanto á nosotros, no nos movamos de aquí, hasta que el Senado llame á Flaminio, de Arrecio, como en otro tiempo llamó de Veyas á Camilo.» En su irritación, mandó levantar las enseñas y saltó sobre su caballo; pero el animal cayó en el acto y le arrojó de cabeza al suelo. Todos los que le rodeaban quedaron aterrados por aquel accidente, considerándolo mal presagio al comenzar una expedición; al mismo tiempo vinieron á decir que un signífero no podía, á pesar de sus esfuerzos, arrancar su enseña del suelo. Volviéndose entonces hacia el mensajero, dijo: «¿No me traes también alguna carta del Senado prohibiéndome combatir? Marcha, que caven en derredor de la enseña si no pueden arrancarla brazos paralizados por el miedo.» En seguida se puso en marcha el ejército: los jefes principales, además de su oposición en el consejo, estaban alarmados por este doble prodigio; pero la audacia del cónsul animaba á los soldados, más atentos á su confianza que á los motivos que la inspiraban.

Aníbal devastó horrorosamente todo el territorio que se extiende entre Cortona y el lago Trasimeno, con objeto de inflamar la cólera del cónsul, y de excitarle á vengar las injurias de sus aliados. Los cartagineses habían llegado ya á un punto naturalmente dispuesto para una emboscada, allí donde el lago Trasimeno se prolonga hasta el pie de las montañas de Cortona, separándole estrecho sendero como preparado para pérfida asechanza. Al otro lado se extiende el terreno en pequeña llanura, levantándose después en colinas. Aníbal acampó en la parte descubierta con los africanos y españo-

les solamente; ocultó á los baleares y tropas ligeras detrás de las montañas y apostó la caballería en la abertura del desfiladero, oculto afortunadamente por eminencias; de suerte que, cuando entrasen los romanos, presentándose la caballería por la espalda, quedasen completamente encerrados por el lago y las montañas. Flaminio, habiendo llegado la víspera al ponerse el sol á las orillas del lago, franqueó el desfiladero al amanecer, con muy poca luz y sin reconocerle; solamente al comenzar á desenvolver su ejército en la llanura, vió al enemigo que tenía enfrente, pero sin sospechar la emboscada que tenía preparada á la espalda y en las alturas. Viendo Aníbal, según sus deseos, al enemigo encerrado entre las montañas y el lago y envuelto por sus tropas, dió la señal de ataque general. Cuando los cartagineses bajaron de las alturas, cada uno por el camino más corto, la sorpresa fué tanto más repentina é imprevista para los romanos, cuanto que la niebla, que se había levantado del lago, era más densa en la llanura que en las montañas, y los enemigos, pudiendo verse en muchas colinas, acudían más en conjunto. Los romanos reconocieron que estaban cercados, por el grito que resonó en todas partes, antes de que pudiesen distinguir nada; y ya combatían en el frente y las alas, cuando aún no habían podido formarse en batalla, preparar las armas y desenvainar las espadas.

En medio del espanto general, conservando el cónsul su valor cuanto es posible en una sorpresa, forma sus desordenados soldados, y volviéndose en todos sentidos á los gritos del enemigo, según se lo permitían el tiempo y el terreno, arenga en todos los puntos en que pudo presentarse y hacerse oír y manda resistir y pelear. «De aquel peligro no podían salir por ruegos y votos, sino por el esfuerzo y el valor. El hierro abre camino á través de las filas enemigas, y cuanto menos temor

se tiene, menos peligro se corre.» Pero el ruido y el tumulto no permitían oír palabras ni órdenes; y el soldado, lejos de poder reconocer sus enseñas, su fila y su puesto, apenas tenía bastante serenidad para empuñar las armas y usarlas, hasta el punto de que muchos fueron sorprendidos, más estorbados que defendidos por ellas. Además, en aquella profunda obscuridad, más utilizaban los oídos que los ojos. Al gemido de los heridos, al choque de los cuerpos y de las armas, á los gritos mezclados de furor y de miedo, volvían la cabeza á todos lados. Unos quedaban detenidos en su fuga por un pelotón de combatientes; otros, que volvían al combate, eran rechazados por un grupo de fugitivos. En fin, después de vanos esfuerzos por todos lados, como estaban encerrados en los flancos por el lago y las montañas, y en el frente y retaguardia por el enemigo, y vieron con claridad que solamente podían salvarles sus brazos y sus espadas, cada cual, para enardecerse y dirigirse se guió por sí mismo y comenzó nueva pelea. No fué aquel uno de esos combates regulares en los que se marcha por principes, hastatos y triarios: no se veía á los antesignarios pelear delante de las enseñas y los otros detrás, ni á los soldados alineados por legiones, cohortes y manipulos. La casualidad les reunía y cada cual, según su valor, peleaba delante ó detrás. En fin, tal fué el ardimiento del combate y de tal manera absorbió todo su ánimo, que ninguno sintió aquel terremoto que destruyó en parte muchas ciudades de Italia, hizo cambiar de cauce á ríos caudalosos, hizo penetrar el mar en los ríos y trastornó montañas en inmensos derrumbamientos.

Cerca de tres horas duró el combate y por todas partes muy encarnizado. En derredor del cónsul la lucha fué más empeñada y mortífera. Seguíanle los soldados más valientes y doquiera que veía á los suyos apura-

dos y maltrechos, acudía él mismo con intrepidez. Distinguiéndose por su armadura, los enemigos hacían grandes esfuerzos por alcanzarle y los suyos por defenderle. Al fin, un soldado insubrio, llamado Ducario, reconociéndole por sus facciones, dijo á sus compatriotas: «Ahí tenéis al cónsul que exterminó nuestras legiones, destruyó nuestros campos y nuestra ciudad. Víctima es que voy á inmolar á los manes de nuestros conciudadanos indignamente degollados»; y picando el caballo, lanzóse en las filas más apretadas del enemigo, mató al escudero que vino á detenerle y traspasó al cónsul con su lanza. En seguida quiso despojarle, pero lo impidieron los triarios oponiéndole los escudos. Entonces comenzó la derrota de gran parte del ejército: ni el lago ni las montañas detuvieron á los aterrados fugitivos, que corrían como ciegos por los senderos más estrechos y escarpados: hombres y armas rodaban mezclados á los precipicios. Muchos, al ver que les faltaba la tierra bajo los pies, avanzaron por las fangosas orillas del lago mientras pudieron conservar fuera del agua la cabeza y los hombros. Otros, impulsados por loco terror, intentaron huir á nado; pero quitándoles muy pronto toda esperanza la inmensidad de la travesía, faltábanles las fuerzas y desaparecían en el agua, ó bien, después de fatigarse en vano, miraban penosamente la orilla y caían bajo los golpes de los jinetes enemigos, que entraban en el lago. Cerca de seis mil hombres de la vanguardia, habiéndose abierto valerosamente paso á través del enemigo, ignorando lo que ocurría á su espalda, salieron del desfiladero. Deteniéndose entonces sobre una eminencia, oyeron los gritos y el ruido de las armas; pero no podían enterarse de la marcha del combate, ni juzgar por sus ojos á causa de la obscuridad de la niebla. Cuando la pelea tocaba á su fin, adquiriendo más fuerza el sol, disipó la niebla, derramando

claridad; iluminadas completamente entonces las montañas y la llanura, les mostraron la completa derrota y espantosa matanza del ejército romano. Temiendo que les viesen y lanzasen la caballería en su persecución, levantaron precipitadamente sus enseñas y se alejaron acelerando la marcha. A la mañana siguiente, aumentando el hambre sus otros males, Maharval, que les había perseguido durante la noche con toda la caballería, habiéndoles dado seguridades de que, si entregaban las armas, les dejaría marchar con sus vestidos, se rindieron. Pero Anibal cumplió esta promesa con fe púnica, haciéndoles aprisionar á todos.

Tal fué la famosa batalla de Trasimeno, célebre entre las pocas derrotas del pueblo romano. Quince mil romanos perecieron en el combate, y diez mil, habiéndose dispersado en su fuga por toda la Etruria, volvieron á Roma por diferentes caminos. Los enemigos perdieron mil quinientos hombres en la pelea. Muchos de ambos bandos murieron á consecuencia de las heridas; otros hacen subir mucho más el número de muertos de una y otra parte. Por mi parte, además de no gustar de vanas suposiciones, á las que se inclinan demasiado la mayor parte de los historiadores, sigo principalmente la autoridad de Fabio Pictor, analista contemporáneo de esta guerra. Habiendo Anibal puesto en libertad sin rescate á los prisioneros latinos y aprisionado á los romanos, hizo sacar de los montones de cadáveres enemigos los de sus soldados para sepultarlos; mandando también buscar con el mayor cuidado el cuerpo de Flaminio para tributarle los honores de la sepultura, pero no pudieron encontrarle. En Roma, á la primera noticia de esta derrota, poseído de terror el pueblo, se reunió tumultuosamente en el Foro. Las mujeres corrían por las calles preguntando á cuantos encontraban acerca del rumor que acababa de extenderse y de la suerte del

ejército. La multitud, tan numerosa como en una asamblea general, se había dirigido hacia el *comitium* y la curia llamando á los magistrados. En fin, poco antes de ponerse el sol presentóse el pretor M. Pomponio y dijo: «Hemos perdido una gran batalla.» Y aunque nada refirió con claridad, todos, haciéndose eco de los rumores que corrían, dijeron á sus familias «que el cónsul había sido muerto con una parte de sus tropas; que solamente se habían salvado unos pocos soldados dispersos por la fuga en la Etruria, ó hechos prisioneros por el vencedor.» Todas las desgracias que habían experimentado los vencidos eran motivo de inquietud para los parientes de los que servían bajo el cónsul Flaminio y que ignoraban la suerte de los suyos. Nadie sabía ni lo que podía esperar ni lo que tenía que temer. Á la mañana siguiente y muchos días después, multitud, esencialmente de mujeres, estacionó en las puertas de la ciudad, esperando á algún pariente ó noticias de los suyos: agrupábanse en derredor de los que llegaban, preguntábanles, y si eran ciudadanos conocidos, no les dejaban hasta que habían referido detalladamente la catástrofe. Veíase en seguida en el semblante de los que se alejaban expresiones muy diferentes según habían recibido buenas ó malas noticias, y regresaban á sus casas rodeados de amigos que les felicitaban ó consolaban. Las mujeres especialmente daban rienda suelta á su alegría ó su dolor. Habiendo visto una repentinamente á su hijo, dícese que murió en el acto, en la misma puerta. A otra, á quien falsamente se había dado noticia de la muerte del suyo, y que permanecía en su casa abrumada de dolor, al verle volver, la mató la intensidad de la alegría. Durante muchos días mantuvieron los pretores reunido el Senado desde la salida á la postura del sol, para deliberar acerca del general y las tropas que podrían oponer á los cartagineses victoriosos.

«Nada se había decidido aun cuando se anunció otra desgracia. Cuatro mil jinetes enviados por el cónsul Servilio en socorro de su colega, á las órdenes del pretor C. Centenio, habían sido sorprendidos por Aníbal en la Umbria, adonde se habían dirigido al tener noticia de la batalla de Trasimeno. Esta noticia produjo diversas impresiones: preocupados unos por inmensa aflicción, consideraban pequeña esta pérdida comparada con la anterior; otros no la consideraban en sí misma, pero así como en cuerpo condolido, el menor movimiento es mucho más sensible que otro grave en cuerpo robusto, así también pensaban que en la crisis en que se encontraba la república debían tenerse en cuenta todos los reveses, no por su propia importancia, sino por el agotamiento de las fuerzas públicas, incapaces de sostener todo lo que agravaría el mal. Por esta razón acudió la república á un remedio que desde mucho tiempo no había sido deseado ni empleado, el nombramiento de un dictador. Pero como el cónsul, que era el único que podía designarlo, se encontraba ausente, y estando toda la Italia ocupada por los cartagineses, no era fácil enviarle mensajeros ni cartas; como por otra parte el pueblo no tenía derecho para nombrar dictador, lo que no había ocurrido jamás, creóse prodictador á Q. Fabio Máximo y á M. Minucio Rufo jefe de los caballeros. Encargóles el Senado que fortificasen las murallas y torres de la ciudad, que colocasen fuerzas donde lo creyesen conveniente y que cortasen los puentes de todos los ríos. Indispensable era combatir por Roma, al lado de los penates, no habiendo podido defender la Italia.

Siguiendo camino derecho, Aníbal atravesó la Umbria y llegó á Spoleto; pero habiendo intentado apoderarse de esta ciudad, después de talar el campo, fué rechazado con graves pérdidas, y pudo juzgar, por aquella desgraciada tentativa sobre una colonia, cuánta re-

sistencia encontraría en Roma. Entonces se dirigió al Piceno, país fértil en toda clase de productos y rico además de un botín que sus soldados, ávidos y pobres, iban saqueando por todos lados. Allí acampó durante algunos días para dar descanso á sus tropas fatigadas por marchas de invierno, por la travesía de los pantanos y por una batalla más afortunada que fácilmente ganada. Cuando hubieron descansado bastante, teniendo el botín y el pillaje más atractivos para sus soldados que el descanso y la inacción, volvió á ponerse en marcha, y taló sucesivamente los territorios de Pretucia y de Adria, el país de los marsos, de los marrucinos y de los peliños y toda la región de la Apulia inmediata á Arpi y Luceria. El cónsul M. Servilio, después de algunos ligeros combates con los galos, y luego de haberse apoderado de una plaza poco importante, tuvo noticia de la desgracia de su colega y de su ejército: temiendo por su patria, no queriendo faltarle en tan grave peligro, emprendió el camino de Roma. Q. Fabio Máximo, dictador por segunda vez, convocó el Senado el mismo día de su entrada en el cargo, y ocupándose primeramente de los dioses, hizo comprender á los senadores que más por negligencia de las ceremonias y de los auspicios que por ignorancia y temeridad había succumbido Flaminio, y que era necesario consultar á los mismos dioses acerca de las expiaciones que se les debían. Consiguió que los decenviros, por una disposición que solamente se toma cuando ocurren prodigios muy terribles, recibiesen orden de consultar los libros sibilinos, y éstos, después de examinar los libros, contestaron á los senadores: «Que no habiéndose cumplido convenientemente el voto hecho á Marte durante la guerra, debía serlo de nuevo con grande magnificencia; que era necesario ofrecer grandes juegos á Júpiter, templos á Venus Ericina y á la Prudencia, mandar rogati-

vas públicas y un lectisterno, y ofrecer á los dioses una primavera sagrada, si era feliz la guerra, y si la república se conservaba en la situación que tenía antes de la guerra.» Como Fabio iba á ocuparse completamente del cuidado de la guerra, el Senado, según el parecer del colegio de los pontífices, encargó al pretor M. Emilio que vigilase por el pronto cumplimiento de todos estos deberes.

Publicados estos senatus-consultos, el pontífice Máximo L. Cornelio Léntulo, consultado por el colegio de pretores, declaró que ante todo era necesario consultar al pueblo acerca de la primavera sagrada; porque sin orden del pueblo no podía hacerse ningún voto. En vista de esto, consultóse al pueblo en estas palabras: «Queréis y mandáis que esto se haga así? Si de aquí á cinco años la república y el pueblo romano de los caballeros sale felizmente, como deseo, de la guerra que tiene que sostener con los cartagineses y con los galos de aquende los Alpes, que el pueblo romano de los caballeros haga una ofrenda á Júpiter de todo cuanto en la primavera nazca de puercos, ovejas, cabras y bueyes, y que no se encuentre ya consagrado, á contar desde el día que señalen el pueblo y el Senado. Que el que haga este sacrificio lo realice cuando y como quiera, y que sea legítimo de cualquier manera que lo ofrezca. Si muere el animal que debía ser sacrificado, quede como profano y que no se considere su muerte como impiedad: si alguno lo estropea ó mata sin querer, que no se le impute como crimen: si es robado, que el robo no recaiga sobre el pueblo ni sobre el que lo sufra. Si por ignorancia se verifica el sacrificio en día nefasto, sea tenido por legítimo; legítimo será también célebre de día ó de noche, por esclavo ó por hombre libre. Si tiene lugar antes del término fijado por el Senado y el pueblo, que el pueblo no sea en manera alguna respon-

sable. Con el mismo objeto, se votó dedicar á los grandes juegos trescientas treinta y tres y libras y un tercio de cobre (1); inmolar á Júpiter tres hecatombes, y á otros muchos dioses bueyes blancos y otras víctimas. Habiéndose formulado legalmente los votos, ordenáronse rogativas públicas, uniéndose á ellas, no solamente los vecinos de la ciudad con sus esposas é hijos, sino también los de la campiña, cuya fortuna privada estaba unida en gran parte á la pública. En seguida se celebró durante tres días el lectisterno, bajo la vigilancia de los decenviros de los sacrificios. Expusieronse seis altares, uno para Júpiter y Juno, el segundo para Neptuno y Minerva, el tercero para Marte y Venus, el cuarto para Apolo y Diana, el quinto para Vulcano y Vesta, y el sexto para Mercurio y Ceres. En fin, se votaron los dos templos; el de Venus Ericina por el dictador Fabio Máximo, habiendo indicado los libros sagrados para este oficio el primer magistrado de la república; y el de la Prudencia por el pretor T. Otacilio.

Arregladas así las cosas divinas, el dictador informó acerca de la guerra, los recursos públicos, la elección y el número de legiones que el Senado creía deber enviar contra el enemigo victorioso; y se decretó «que tomaría el ejército del cónsul Cn. Servilio; que alistaría además en la ciudad y entre los aliados el número de jinetes y peones que creyese necesario; y que en todo lo demás obrase y dispusiese según creyera útil á la república.» Fabio declaró que añadiría dos legiones al ejército de Servilio. Habiendo sido alistadas estas legiones por el jefe de los caballeros, les señaló día para reunirse en Tibur: publicó un edicto para que todo el que poseyese plazas ó castillos indefensos, se retirase á los pun-

(1) En los votos solemnes dominaba como sagrado el número tres.

tos fortificados, y para que todos los habitantes del campo abandonasen el terreno por donde debía pasar Aníbal, después de quemar sus casas y destruir las cosechas para que no encontrase ningún recurso; y al fin partió por la vía Flaminia para salir al encuentro del cónsul y de su ejército. Cuando desde lejos vió el ejército en la orilla del Tíber, cerca de Oriculo, y el cónsul, dirigiéndose á él con la caballería, envió un viator á decirle que se presentase sin liectores ante el dictador. La obediencia del cónsul y la entrevista de aquellos dos magistrados dieron alta idea de la dictadura á los romanos y á los aliados, en quienes el tiempo había casi borrado el recuerdo de esta dignidad. En el mismo momento, una carta de Roma hizo saber que las naves de carga que llevaban provisiones de Ostia á España, habían caído en poder de la flota cartaginesa cerca del puerto de Cossa. El cónsul recibió orden de marchar á Ostia, de apoderarse de cuantas naves se encontrasen en aquel puerto ó cerca de Roma, llenarlas de soldados y marineros, perseguir la flota enemiga y proteger las costas de Italia. En Roma habíanse hecho alistamientos considerables: hasta los libertos que tenían hijos y la edad militar habían sido admitidos á prestar juramento. De este ejército urbano se embarcó á los menores de treinta y cinco años, quedando los demás para la defensa de Roma.

El dictador, habiendo recibido el ejército del cónsul de manos del legado Fulvio Flaco, marchó á Tibur, por el territorio sabino, el día señalado para la reunión de los nuevos soldados. De allí pasó á Prenesto, y por caminos de travesía tomó la vía Latina, desde donde, haciendo reconocer cuidadosamente los caminos, marchó hacia el enemigo, muy decidido á no intentar fortuna en ninguna parte, mientras la necesidad no le obligase á ello. El primer día que acampó cerca de

Arpi, en presencia del enemigo; Aníbal desplegó en el acto su ejército y presentó batalla; pero en cuanto vió que todo permanecía tranquilo entre los romanos, y que su campamento continuaba en completa inmovilidad, exclamó orgullosamente que al fin estaba abatido el ánimo marcial de los romanos, que la guerra estaba terminada, que claramente le habían cedido el premio del valor, y de la gloria y se retiró á su campamento. Sin embargo, interiormente experimentaba profunda inquietud porque tenía que habérselas con un general que en nada se parecía á Flaminió y á Sempronio, y porque los romanos, afeccionados por la desgracia, habían elegido al fin un jefe digno de Aníbal. En el primer momento temió la prudencia si no la energía del dictador. No habiendo puesto á prueba todavía su constancia, procuró tentarle é impacientarle, decampando frecuentemente y talando ante sus ojos los terrenos de los aliados. En tanto desaparecía rápidamente, en tanto se paraba de repente en algún recodo que le ocultaba, para ver si podía sorprenderle en campo raso. Fabio mantenía su ejército en las alturas, á corta distancia del enemigo, de manera que no pudiese escapar ni verse tampoco obligado á combatir. Los soldados estaban retenidos en el campamento á menos de absoluta necesidad; no salían á forrajear y recoger leña ni en corto número ni en desorden. Una fuerza de caballería y de tropas ligeras, organizada y equipada para las alarmas repentinas, cuidaba de la seguridad de los suyos y castigaba á los merodeadores enemigos que se atrevían á separarse. El dictador no quería arriesgar un combate general, sino que con ligeras escaramuzas trabadas sobre seguro y siempre al alcance de buena retirada, enseñaba á sus soldados, asustados por las recientes derrotas, á desconfiar menos de su valor y fortuna. No era Aníbal obstáculo más grave

para estas prudentes medidas, que el jefe de los caballeros, á quien solamente su dependencia impedía precipitar á la república á su perdición; presuntuoso, irreflexivo en los consejos, sin mesura en sus palabras, acusaba al general, al principio delante de pocos testigos, después públicamente delante del ejército, llamando inercia á su circunspección, cobardía á su prudencia, atribuyéndole los defectos más próximos á sus virtudes, y realizándose así por el arte péfido de rebajar á sus superiores, perfeccionado en demasía por frecuentes y afortunados éxitos.

Del país de los hirpinos, pasó Aníbal al Samnio, taló el territorio de Benevento y tomó á Telenia; de intento irrita á Fabio, tratando de encender su cólera con las indignas vejaciones á que somete á los aliados, con objeto de atraerle á una batalla campal. En la multitud de aliados italianos que Aníbal había cogido en la batalla de Trasimeno y que había dejado en libertad, encontrábanse tres caballeros campanios, á quienes, por medio de dones y promesas, decidió á que le granjearan el ánimo de sus conciudadanos. Habiéndole dicho éstos que si llevaba su ejército á la Campania, fácilmente se apoderaría de Capua, como la empresa era muy superior á la garantía, permaneció por algún tiempo incierto, vacilando entre la confianza y la desconfianza; decidiéndose al fin á pasar del Samnio á la Campania. Habiendo recomendado á sus nuevos confidentes confirmar más y más las promesas con los efectos y que volviesen con algunos de los suyos y algunos jefes, les despidió. En seguida mandó á su guía le llevase al territorio de Casino (1), habiendo sabido por gentes conocedoras del país que si podía ocupar aquel

(1) Situado en el extremo del país de los volsco, en la parte septentrional del Lacio. Casilino se encuentra en el centro de la Campania, sobre el Vulturno.